

Félix Córdova Iturregui, *Diálogo con una isla*, San Juan, Comunicadora Koiné, 2011.

Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico

El más reciente libro de Félix Córdova Iturregui (Río Piedras, 1944-), *Diálogo con una isla* (2011), viene a engrosar la producción poética del autor, quien ya contaba con libros como *Para llenar de días el día* (1985), *Militancia con la soledad* (1987), *Canto a la desobediencia* (1998) y *Tambor de espuma*, curiosamente publicado también en 2011. Una constante alusión al poema, a la poesía, a la palabra huidiza, a la lengua que se distiende hacia adentro y hacia el mundo, viene acompañada de alusiones mitológicas y literarias, y participa de la herencia platónica de la inspiración, en la medida en que el destinatario del poeta se nombra como la Piedra Heraclea, aquel origen de la inspiración poética con el cual se conectaban los anillos que utilizaba Sócrates para explicarle a su discípulo Ión el proceso mediante el cual los dioses se comunican con los seres humanos a través del poeta. El diálogo socrático, *Ión o de la poesía*, el cual Platón utiliza para explicar la característica principal del poeta lírico –su delirio, su locura– es, evidentemente, un arma de doble filo, pues apunta a la imposibilidad del poeta dominar el *logos* –ya sean la palabra o la razón– y, de igual modo, a la capacidad del lenguaje poético de crear y destruir al mismo tiempo, de mostrar y ocultar, de significar esto o aquello. En este terreno movedizo, el ojo es, en el libro de Córdova Iturregui, origen de lo que para Paul Valéry es la poesía, una danza, un ritual, la “difícil escritura” que se menciona en el poema que abre el libro. La poesía rescata en su viaje subterráneo un espacio donde la lengua ofrece destrucción, a la vez que alza la creación. Diríase que el lenguaje poético –o simplemente la lengua– apunta hacia la pugna entre el ser y el no ser, pues el sentido último, que no existe, depende de quien lee, más que de quien escribe. Por eso, la palabra saqueada, los ojos cosidos, la constante espera de esta Penélope que teje y desteje su tapiz en espera del ser amado, ese Ulises que no se ha ido y que tampoco ha vuelto.

El yo lírico de Córdova Ituregui, a lo largo del libro, se propone darle voz a la piedra Heraclea mediante la lucha de la palabra y del ser con el tiempo, con el olvido, mediante la memoria, mediante la imagen poética. Del mismo modo, el yo lírico se define como el mejor lector del libro que implica la isla, cerca de la noción simbolista del libro que es el universo, y cuyo mejor lector es el poeta, el vidente. Pienso sobre todo en la poesía de Charles Baudelaire titulada “Correspondencias” e incluida en el libro *Las flores del mal* (1856).

Aquí se vuelve a la síntesis patria-cuerpo (amado) que instauran los poetas románticos puertorriqueños, sobre todo José Gautier Benítez en “A Puerto Rico” (Ausencia). Cuerpo, isla y poema están entrelazados:

¿Cómo combinar las letras visibles e invisibles de tu cuerpo
sobre el inmenso papel del mar
y con qué ojos de cercanías y distancias, de honduras vivas
y feroces abismos interiores,
dejar correr sobre tu cuerpo y por debajo de tu cuerpo
la terca intención de leerte y hacer de ti un volcán
que no se canse de dejar salir la lava del sentido? (18)

Los veinte poemas de este libro –número privilegiado antes en la poesía hispanoamericana, como en Oliverio Girondo, Pablo Neruda y Julia de Burgos– no llevan títulos. En lugar de este, se coloca un número arábigo. El que hemos citado es el número 4. Aquí el poeta está consciente de su labor de escritor de un cuerpo –de palabras– que es necesario recuperar de la memoria, del interior, y hacerle estallar de sentidos. Por eso, el ojo subterráneo y el mar, es un sonoro papel en el cual se ha de escribir el cuerpo amado de la isla. A su vez, se lee lo escrito y lo no escrito, y el ojo del lector, como el ojo del escritor, conspira y aporta a esa lenta creación y destrucción que es el poema. En este proceso, el ojo, metonimia reiterada de la mirada y de la gestación del ser, atraviesa los poemas como un *leit motiv* inevitable. La visión es el arma que le queda al poeta, de tal manera que entronca con los poetas visionarios del romanticismo, sobre todo por el anhelo de recuperar el mundo subterráneo –como en Novalis–, que puede ser tanto telúrico como oceánico, pero que siempre apunta a una metamorfosis del mundo en el lenguaje poético.

El poema central del libro –nos parece– es el número 8. En él, se observa la disgregación del poema en sí mismo, el desmembramiento de

sus partes. El nombrar los componentes del poema a partir de la metáfora inicial del mar que sacude contra el acantilado “la frágil cesta de la espuma”, lleva al canto que insiste, como las olas, en un ritmo continuo que lleva en gradación ascendente al verso, a la rima, a la estrofa, al poema que se está escribiendo. A su vez, el mar y la muerte se equiparan para llegar a exponer la consigna central del libro: la unión de los contrarios: “Si el mar es el morir, la muerte está / más viva que los ríos de la vida” (26). La *coincidentia oppositorum* modula la esencia de la poesía, el poema es y no es, significa y, a la vez, no significa. En este juego, la mirada crea una ficción. Existe conciencia de que no se mira lo que es, sino que se piensa. Así, se privilegia el espacio liminal y, a su vez, libidinal, el espacio donde se conectan la tierra y el mar, como en el poema 11. Esto lleva a la definición de la poesía como una travesía de signos, de símbolos, de sonoridad semántica: “[...] busco un signo / como un cruce sonoro / de camino / a / otros signos” (32).

Como el lenguaje poético es proteico, el mar es enemigo de la isla, pero puede llegar a ser el yo lírico. Un artificio muy útil en este intento es la pregunta retórica: “¿Será que el mar soy yo cuando el mar pregunta?” (35). Sin embargo, el mar, ahora, es el interior del poeta, y la poesía se define como un mensaje que viene desde adentro y que toma su forma con la resistencia contra la isla desde afuera. De ahí, el mar, la isla, la poesía se definen como unión de los contrario, tema muy claro en el poema 17: “Dime, máscara / escondida, recio minotauro, sol oscuro, / ¿cómo concentras en tu fondo vivo / lo que se abre alegre en tu superficie?” (42). Por esta razón, el poema, la piedra Heraclea, son elementos de la poesía entendida como memoria:

La piedra, el poema, invitan a la deformación,
a la fuerza destructora de la memoria
en un amplio recorrido por tu cuerpo ensanchado
con dibujos ajenos,
tu cuerpo expandido por la técnica
en una negación multiplicada [...]. (44)

En este mismo poema 18, la poesía es como un espejo y en esto se asemeja al agua, lo cual instala al yo lírico cerca de Narciso, pero, a su vez, cerca de la destrucción de la palabra, como en *Altazor*, de Vicente Huidobro, no desde el punto de vista estructural, sino desde la semántica

que se instala a partir de la ausencia de control del poeta sobre su propia palabra, como Ícaro sobre el calor del sol que derrite sus alas de cera: “[...] en la escritura inconsciente que redime la palabra / y deja caer a Ícaro desde un cielo podrido” (45)

El viaje poético o la travesía de los signos es más evidente en el poema 19. La pregunta que daba paso al ser se transforma en impulso vital del yo lírico tras su búsqueda de sentidos:

Si hablo es porque pregunto
y si pregunto es porque mi palabra
se desliza como un barco lleno de espejos borrosos
y el poema viaja con las velas abiertas de la metáfora,
desnudo como el imán sobre los espejismos del agua. (47)

Viaje a través del mar que circunda y aprisiona a la isla, viaje hacia el mar profundo de la inconsciencia, viaje hacia las aguas que transita el poema como un barco lleno de sentidos múltiples o borrosos, el poema termina siendo el protagonista de este libro de Córdova Iturregui, como se observa en el último texto:

¿No es el mar acaso
un ojo abierto para mirar en nuestro
Abismo interior? Sin el abismo no hay
Historia propia, el ser se inventa
Bailando en el precipicio de la vida,
Piedra Heraclea, por eso sueño tu cuerpo
Hundido, desde acá, desde tu flor de sol,
Metáfora inagotable de nuestro destino. (49)

Este libro de Félix Córdova Iturregui vuelve sobre un tema capital de la poesía moderna: la poesía sobre la poesía; pero se instala en un tema borroso, el de la patria acorralada por un mar que, a su vez, la aprisiona en un mundo onírico y ambivalente que le da vida. El privilegio de la poesía sobre los contenidos políticos hace de este libro un momento de mayor universalidad y amplitud dentro de la producción poética del autor. Invitamos a los lectores a hundirse en este mar de imágenes y a colaborar con la búsqueda del viaje del poeta tras la belleza de su poesía.